



Dossier El Legado de Pampa Arán Experiencia

E-ISSN 2718-7268

Una clase: cómo se escribe una tesis

Casarín Marcelo

mcasarin@unc.edu.ar

Centro de Estudios Avanzados - Universidad Nacional de Córdoba

Es Profesor en el Centro de Estudios Avanzados y en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Córdoba. Dirige el programa Producción, preservación y circulación de conocimientos en América Latina (arte, ciencia y escrituras) (CEA, FCS, UNC

Nos encontrábamos en la parada de los 20, que estaba muy cerca de nuestras casas, equidistante. Yo siempre trataba de adelantarme para verla venir, pero, como si fuera una carrera, llegábamos casi en el mismo momento a la esquina de Colón y La Cañada. La parada del ómnibus estaba a pocos metros. Nos dábamos un abrazo, con la alegría de encontrarnos después de varios días sin saber nada la una del otro, el otro de la una.

Cuando llegaba el transporte, ella trepaba sin ayuda, prescindiendo de su bastón y poniendo a prueba su estatura contra los desmesurados escalones del vehículo. A esa hora de la tardía siesta siempre había un asiento doble disponible; el itinerario breve y farragoso no duraba más de 25 minutos y era el momento adecuado para, medio a los gritos, ponernos al tanto de algunas circunstancias de nuestras vidas: salud, familia, trabajos.

Enseguida llegábamos a destino y descendíamos en la primera parada de la Ciudad Universitaria. A pocos metros de allí estaba la Escuelita, hoy convertida en Facultad de Ciencias de la Comunicación. Como tantas veces nos encontraríamos con los estudiantes de un doctorado en comunicación social que nos había confiado el dictado de un taller de tesis, que tenía como objetivo, o esperaba como producto, la escritura de un capítulo de dicha tesis. Duraba varios meses, con algunos encuentros; con varios envíos y devoluciones, con muchas lecturas.

Yo tenía acuñada una serie de aforismos con los que me gustaba, si no escandalizar, al menos sorprender a los expectantes asistentes. Por ejemplo: “Las tesis no se hacen, se escriben” o “primero escribir, después investigar”. La primera vez que compartimos estas clases, alcancé a ver un brillo cómplice en sus ojos; luego, en las sucesivas, Pampa esperaba que los diga al comienzo con un nuevo grupo; a veces, en las últimas, me citaba y me pedía que explique los aforismos.

Esa tarde la clase iba de “¿Quién habla en estos textos?” Nos repartíamos de alguna manera la tarea: habíamos escrito alguna vez una suerte de guion que nunca respetamos del todo; ella decía que para improvisar había que ensayar mucho. Mirá los músicos de jazz, decía, cuando improvisan están tocando las músicas por las que pasaron cientos de veces; la magia consiste en que parezca espontáneo. Esa espontaneidad es la que



Dossier El Legado de Pampa Arán

Experiencia

habíamos conseguido en las últimas clases.

En la de esa tarde yo me ocuparía esquemáticamente de mostrar las opciones de la voz autoral: el yo singular, el yo plural (de modestia) y la estrategia de persona ausente: alcances, limitaciones, combinaciones posibles y desaconsejables. Luego, haría un paneo por las normas de citación y sus lógicas diversas; y me detendría en las antipáticas APA, que imponía el reglamento de la carrera. Si quedara algo de tiempo hablaría un poco de la citación como estrategia, pero eso no ocurrió: Pampa tomó la última parte de esa clase.

Escribía sus clases, pero no leía los textos, los decía. Y a propósito de quien habla, escuchen algunas de las cosas que dijo esa tarde, casi siempre parada al lado del escritorio, apenas recostada en él.

Recuerden que una tesis puede verse como un enunciado y que todo enunciado si bien es producto de las estrategias y de la modalización que le imprime su enunciador es al mismo tiempo resultado de diferentes voces sociales que recoge mi propio enunciado dentro de un tejido discursivo; porque cada uno de nosotros habla con la voz ajena y con la propia, por eso Bajtín decía que tenemos una voz semipropia y semiajena; y que solo Adán, tal vez en el primer día de la creación, y no lo sabemos bien, habló sin repetir lo que ya había sido dicho. Es decir que permanentemente nuestro discurso, aunque sea de manera implícita, toma voces ajenas para poder elaborar la propia, y todo enunciado está respondiendo siempre a otro enunciado.

Nuestra tesis es una respuesta a la infinita cadena de enunciados anteriores, algunos que mostramos y otros que ocultamos. Entonces es un tejido de voces que entra en diálogo siempre, aunque en muchos casos las respuestas estén diferidas en el tiempo; sin embargo, tengan en cuenta que todo enunciado está destinado a un receptor presente, contemporáneo; siempre se escribe para el presente, para los contemporáneos; pero, a veces, hay una recepción diferida.

No vamos a extendernos demasiado en esto, pero esta propuesta semiótica nos lleva a examinar la construcción del sentido social por el lenguaje en sus prácticas cotidianas. De hecho, el enunciador utiliza del modo más deliberado estos recursos discursivos para producir un efecto de sentido, y este efecto de sentido está ligado indisolublemente a la dimensión ideológica de su propio discurso. Porque el sentido que yo leo en el discurso ajeno está ligado a mi propia construcción de sentido, a mi propia situación de enunciador. Entonces, lo que me interesaba enfatizar es que siempre hay una posición enunciativa, que no es neutra sino evaluativa.

La pregunta que nos debemos hacer a lo largo de nuestra escritura es de qué manera –cosa nada fácil por cierto– yo voy a mantener mi propia posición enunciativa y el control de las otras voces que entran a la mía, sin mimetizarme con ellas, sin desviar mi propio discurso (y anegarlo o confundirlo, esto es, “fundirlo con” el discurso ajeno), y de qué modo iré construyendo mi propio lugar de enunciación a lo largo de toda la tesis; porque si hay algo que resulta original en una tesis es ese lugar de enunciación porque es un acontecimiento único e irrepetible, ¿sí?, como lo es un enunciado en estos términos. Entonces esto es algo que afanosamente vamos a tener que ir buscando. Por eso van a ver que más de una vez, cuando en este seminario nos proponen la redacción del capítulo del “estado de la cuestión”, solemos responder: lo que me has dado es una yuxtaposición de fichas de lectura, no hay una construcción de toda esa biblioteca con relación a tu propia



Dossier El Legado de Pampa Arán

Experiencia

situación enunciativa, simplemente vemos que fulano dijo esto, que zutano aquello.

Alguien interviene: “Un glosario de conceptos.”

Sigue Pampa: Glosario de conceptos en el constructo teórico. Pero ¿y yo? ¿dónde estoy? ¿desde dónde hablo? ¿qué hice con ese material aparte de meterlo adentro como en una vasija de la tesis y ofrecerlo casi en crudo? Como si yo no estuviera; mágicamente todo eso aparece compilado en mi tesis, ¿y tu voz? ¿tu posición frente a todo esto que estás llamando a tu mesa de trabajo? ¿Por qué estás resucitando estos muertos? ¿Qué tienen para decirte hoy? ¿Por qué traer textos teóricos que tienen ya casi un siglo de producidos? ¿De qué modo heurísticamente siguen siendo pregnantes para este problema, en tu situación, en este momento? ¿Sí? Entonces esa responsabilidad, en su doble acepción, como respuesta y como acto de cierto grado de eticidad, obviamente, obliga a que uno se plante una y otra vez la reescritura de esto que está haciendo, ¿sí? Para empezar a imprimirle el sello de su propia posición enunciativa y hacer de eso una tesis, que uno firma, afirma, defiende, etcétera. Y luego la pública. Me hago cargo, me hago dueña, me hago responsable: esta es mi voz frente a las otras voces; esta es mi respuesta frente al diálogo que he sostenido con todos estos otros investigadores que me preexisten, para darle forma y modelar mi propio discurso, mi propio objeto de investigación.

¿Se va entendiendo cómo de todo este capital teórico, digamos, debe hacerse en cada uno de nosotros una vigilancia constante? Y me incluyo, no crean que les hablo desde un púlpito; esta es la vigilancia constante, metadiscursiva, que debemos sostener; y por eso, muchas veces, cualesquiera de nosotros reescribe las clases que en algún momento le parecieron las mejores que podían producir. Porque hoy muchas cosas no las puede, no las quiere o no las debe decir, o no de esa manera en que las dijo. Eso. Porque es un discurso que es fluente y está temporalizado, tiene las marcas del tiempo y del espacio desde donde se está escribiendo, la madurez de quien escribe o su novedad, blablablá.

¿Se va entendiendo para dónde voy apuntado? Son reflexiones mías, pero que van a pasar a ser el pan nuestro de cada día en la escritura y en la lectura de ustedes y nuestra. No se les está pidiendo que encuentren esto mágicamente de entrada, pero hay que apuntar a eso y ya no será con nosotros...

Estudiante: Profesora estaba pensando que es necesario contar con algunas construcciones teóricas que nos permitan abordar los objetos... estas construcciones deberían tenerse incorporadas, me parece, a lo mejor estoy equivocada...

Pampa: “sí, sí, a eso lo llamamos “presupuestos”. Yo no entro a discutir toda la teoría macro, sino que tomo ciertas categorías como punto de partida de mi investigación (ya no las discuto), son mis presupuestos, lo cual no obstante que cuando termine la tesis yo haya, de alguna manera, transformado, en cierta medida, esas categorías de partida. Porque, si me permiten, la teoría, de cualquier campo que sea, es un conjunto de hipótesis con un alto grado de validez; pero son hipótesis siempre; siempre sometidas a que otra teoría pueda derribarlas, refutarlas, como pasó con la física cuántica que originó el propio Einstein, quien se resistió hasta el último tiempo, y jamás reconoció que sus propios discípulos, que habían tomado sus puntos de partida, habían, en buena medida, puesto en cuestión su teoría de la relatividad.



Dossier El Legado de Pampa Arán

Experiencia

En ese sentido, y no estoy hablando de un conocimiento que progrese en forma lineal ni mucho menos, estoy diciendo que son transformaciones que en general... a ver, como vos bien dijiste, solemos incorporar y hasta naturalizar modelos teóricos que nos hacen mirar el mundo de cierto modo, que de alguna manera nos aliena. Qué pasa cuando se producen revoluciones teóricas de tal magnitud como la que el pasado hacía que los mandaran a la hoguera; y en el presente puede ser que no estén disponibles los instrumentos necesarios para demostrar la veracidad de los hallazgos. Como el pobre Kepler que media y media las órbitas de los planetas y a quien los números le daban que eran elípticas, pero cómo demostrar eso en un momento en el que el universo había sido creado por Dios, ser perfecto, y cuya forma perfecta era esférica, la circunferencia. El pobre viejo no disponía de los telescopios para poderlo demostrar.

Este tipo de cuestiones hacen que en verdad se comprenda que nuestros insumos teóricos están de alguna manera naturalizados y que nos apoyamos en ellos como verdades irrefutables, aunque en verdad son solo hipótesis que pueden ser transformadas absolutamente, mediando otros procesos revolucionarios teóricos, que colocan de otra manera distinta a los objetos para mirarlos y problematizarlos desde un lugar del que no lo habían hecho aún; y se llega a otros resultados sorprendentes; esto es bueno siempre... Moraleja: esto es bueno siempre... (Sonríe porque me acordé de la fábula que suelo contarles a mis tesistas de doctorado) es bueno tomar cierta distancia de la teoría, la tomo como un supuesto, me apoyo fuertemente en ella, me provee categorías heurísticas que luego las operativizo en el trabajo empírico.

Pero nunca debo olvidarme de que estoy manejando hipótesis y que yo también puedo proponer algunas modificaciones y transformaciones a esos constructos teóricos, y es raro que una tesis de doctorado no termine revisando la teoría que fue su punto de partida, o por lo menos algunas categorías, y creando categorías nuevas, simplemente porque ese objeto no formaba parte del corpus de la teoría, y entonces yo digo fulano tenía razón y este objeto es tal como lo describió, o digo no: yo debo modificar esa herramienta para intentar entender este objeto que no fue pensado exactamente así. La teoría siempre habla de lo general y el objeto es particular; el pasaje de lo general a lo particular es siempre difícil, traumático y doloroso, pero para eso está la parte más creativa de la investigación que es la metodología, en donde yo puedo generar nuevas herramientas de análisis; y no necesaria y únicamente manejar el instrumental heredado, ¿sí? Digo: animémonos, de alguna manera, a no sentarnos sobre el cuerpo de conocimientos preexistentes como el único posible, como si no pudiéramos producir algún conocimiento que nos permita re-pensar los insumos teóricos. ¿Me explico? ¿O fui más no aclare que oscurece? “

Ahora me mira y me pregunta: “Estamos en hora Marcelo, ¿no? Estamos cerca, bueno”. Sonréi y agrega: “no quería dejar de mencionarles la fábula del conejo que hacía una tesis doctoral en la que intentaba probar que los conejos se comen a los otros animales. La fábula describe las interacciones de un conejo escribiendo una tesis doctoral con varios depredadores, un zorro, lobo y oso, que cuestionan su tesis sobre cómo los conejos comen a sus depredadores. Inducidos por el tesista, cada uno entra a la cueva del conejo y es comido por un león. Moraleja: lo más importante de una tesis no es su contenido, sino quien la dirige. A propósito, hemos visto con Marcelo que algunos de ustedes no tienen todavía director: les recomendamos que



Dossier El Legado de Pampa Arán

Experiencia

lo encuentren. Les será de mucha utilidad, indispensable, les diría, ahora que tienen que escribir.

He hablado casi sin parar y se nos fue la hora. Seguramente Marcelo tendrá algunas medio-verdades para decirles, o avisos parroquiales.

Me habilita para otros aforismos: “no es cierto que la vida es eso que ocurre mientras escribimos una tesis”, tampoco que “siempre se puede encontrar alguna cosa más deseable que escribir: hachar un árbol, manejar un martillo neumático u ordenar un placar”, pero ustedes sabrán cómo se la arreglan con sus neurosis. Un profesor conocido nuestro, más veterano que nosotros, decía que para escribir una tesis no hace falta ningún talento especial, solo paciencia. Pampa seguramente no estará de acuerdo o puede agregar alguna cosa.

Pampa: “Sí, hay que poder disfrutar de hacer una tesis, hay un erotismo intelectual, tiene que haber goce en la adquisición del saber, tiene que ser una experiencia epífánica. De manera que no hay que dramatizar ni victimizarse. Traten de disfrutar de esta oportunidad que les da la vida, porque no todos la tienen. Encuentren la dimensión gozosa de la tarea que han emprendido.”

La clase se va diluyendo, las voces se solapan, hay un clima distendido. Los estudiantes se van retirando de la sala hasta dejarnos de nuevo a solas. Pampa me dice que cree que habló demasiado y no dejó lugar para las intervenciones. Tu exposición fue muy clara, le digo, y la gente te siguió con suma atención. Pienso que puedo haberlos aburrido en grado sumo, me dice; no me parece, la tranquilizo. Salimos. Ya es de noche y paramos un taxi para el regreso. La conversación no se interrumpe ni un minuto en el corto viaje: ella habla un poco más que yo. Repasamos algunas tareas derivadas de la clase. Llegamos a su casa. Bajamos del taxi. En la puerta de su edificio nos despedimos con un abrazo. Nos vemos pronto, le digo; si mi querido, cuídate mucho, me dice. Y sabemos que pasaremos varios días sin saber nada la una del otro, el otro de la una.